

## ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



### LECCIÓN 230 Ahora buscaré y hallaré la paz de Dios.

#### Comentario de Sarah:

Es importante reconocer en esta Lección que el estado de paz y felicidad no es algo que tengamos que alcanzar. Anhelar la paz se basa en la creencia de que no la tenemos ahora. Niega la realidad de que la paz y la alegría que buscamos nos han sido dadas por un Dios misericordioso y nos las ha dado para siempre. ***“Lo que se me dio entonces tiene que encontrarse aquí ahora, pues mi creación fue algo aparte del tiempo y aún sigue siendo inmune a todo cambio.”*** (L.230.2.2)

El Principio de Expiación garantiza que no podemos cambiar la verdad de lo que somos. ***“No me ha sido dado poder cambiar mi Ser.”*** (L.230.1.3) Cuando no tenemos paz, en realidad estamos eligiendo en contra de ella. Este es el caso cada vez que elegimos el sistema de pensamiento del ego, que es una decisión de escuchar los pensamientos de especialismo y de ataque, en lugar del Pensamiento de Dios. Si estoy molesto, estoy eligiendo estar separado del amor que soy. Y si permanezco molesto, entonces me estoy resistiendo obstinadamente a entregar mi historia. Parece una locura elegir en contra de nuestra propia paz, y lo es. Nuestra propia identidad en este mundo lleva consigo la locura del sistema de pensamiento del ego. Es la creencia de que el inocente e ilimitado Hijo de Dios podría hacer de sí mismo un yo separado, carente y limitado. ¿Por qué seguimos aferrándonos a las creencias limitadas? Nos aferramos a ellas porque tememos la Voluntad de Dios. Le abandonamos, pero ahora Le culpamos de habernos abandonado. En otras palabras, proyectamos en Él nuestro propio auto abandono. Ahora lo vemos como un Dios castigador, en Quien ya no confiamos porque creemos que quiere extraer de nosotros lo que aún valoramos y queremos mantener.

Lo que más valoramos es nuestra voluntad individual. Creemos que tendremos que sacrificar todo lo que es nuestro a este "dios" hecho por el ego. El último obstáculo para la paz es el miedo a Dios. La mente está dividida y se encuentra en conflicto entre la verdad de lo que somos -siempre y para siempre en paz como fuimos creados y permanecemos- y la parte de la mente que el ego ha reclamado. En la mente está tanto la creencia en la separación (el ego) como el recuerdo de la Unidad (el Espíritu Santo). ***“El objetivo del ego es tan unificado como el del Espíritu Santo, y por ello sus respectivos objetivos jamás podrán reconciliarse en modo alguno ni desde ningún punto de vista. El ego siempre trata de dividir y separar. El Espíritu Santo, de unificar y curar.”*** (T.7.IV.5.1-3) (ACIM OE T.7.V.36)

Así que, aunque buscamos la paz, en realidad le tenemos miedo. Esto nos pone en conflicto con nosotros mismos. La paz total significa el fin de nuestro especialismo, el fin de nuestra personalidad única y el fin de la identificación corporal a la que estamos apegados. Esto hace surgir el miedo, pero debemos recordar que no estamos siendo arrojados a la realidad. El Curso

es muy práctico. Nos ofrece un proceso diario para deshacer el sistema de pensamiento del ego que nos mantiene en el infierno. **“El ego es el símbolo de la separación, tal como el Espíritu Santo es el símbolo de la paz.”** (T.5.III.9.4) (ACIM OE T.5.V.41)

Hacemos lo que sea para satisfacer nuestras necesidades, basándonos en nuestra idea de lo que nos traerá paz y felicidad y evitará el dolor. Cuando vemos que nuestro camino nunca nos traerá lo que queremos, estamos dispuestos a buscar la verdadera paz siguiendo la guía y confiando en el camino que se nos ha marcado. Sin embargo, mientras estemos a caballo entre dos sistemas de pensamiento distintos y separados, experimentaremos conflictos. Seguimos buscando la felicidad en el mundo y, sin embargo, culpamos al mundo de nuestra condición; y al mismo tiempo, intentamos seguir las enseñanzas de Jesús, que son el perdón y la liberación de nuestras percepciones erróneas sobre nosotros mismos. El resultado es la incoherencia en la forma en que experimentamos nuestro día.

Decimos que queremos que Dios sea nuestro único objetivo y que queremos sanar la mente, pero nos aferramos obstinadamente a nuestras perspectivas, argumentamos nuestras posiciones y exigimos que se satisfagan nuestras necesidades a costa de los demás. No podemos aferrarnos obstinadamente a nuestras perspectivas y a la vez mostrarnos plenamente en nuestras propias vidas. La respuesta es optar por el Espíritu Santo de forma cada vez más consistente, para que la alegría y la paz sean más frecuentes en nuestras vidas. Esto requiere una vigilancia considerable. Evidentemente, una vez en este camino, la elección de volver completamente al pensamiento egoico ya no es posible. Una vez que hemos iniciado este camino, es como haber tragado la píldora roja (Matrix) y haber dicho "sí" a la Llamada. Ahora es imposible hacer una reversión total hacia el sistema de pensamiento egoico. La "píldora roja" se ha instalado en nuestra experiencia.

Cuando tenemos una experiencia del instante santo, es una experiencia de paz. Cuando elegimos y valoramos nuestros objetivos del ego en su lugar, acabamos con esta paz. La paz sigue estando en nosotros, pero la bloqueamos. Siempre estamos eligiendo entre la verdad en nosotros que trae paz, o la falsedad que mantiene el conflicto y el sufrimiento. Cuando observo mis preocupaciones, mis sentimientos de agobio, mi agitación por los planes que tengo y el ajetreo de mi vida, a veces siento como si la vida conspirara contra mí y me robara la paz, pero es sólo el juego del ego. Cuando mi mente ha elegido en favor del ego, me distraigo con mis pensamientos y objetivos conflictivos. Todo es un montaje, ¡pero está montado por mí! Seguimos eligiendo los pensamientos del ego porque creemos saber lo que más nos conviene y queremos mantener el yo separado.

Jesús nos está mostrando que no somos víctimas de las circunstancias externas. Nos está mostrando que todo lo que debemos hacer es aprender a reconocer la elección de la mente prestando mucha atención a nuestros sentimientos y juicios. Cada vez que sentimos la pérdida de la paz, ya sea en forma de ira, depresión, irritación, ansiedad, preocupación, angustia de cualquier tipo, agitación o frustración, hemos decidido de nuevo la separación. Cuando tomamos conciencia de esto, podemos estar más atentos a la elección que hace la mente de escuchar al ego. Ahora podemos elegir alejarnos de la historia que nos decimos a nosotros mismos que es la causa de nuestra angustia, aceptar nuestros pensamientos y sentimientos, entregárselos al Espíritu Santo y confiar en que Él hará el resto.

Se requiere atención para deshacer nuestra negación y dejar que el Espíritu Santo nos lleve a la verdad. En esto consiste la salvación. Es ser salvados de nuestros pensamientos erróneos. Pero, como el milagro, la salvación no hace nada porque no hay que hacer nada. Ya somos perfectos. Sólo tenemos que llevar nuestras percepciones erróneas a la verdad. Cuando tomamos conciencia de lo doloroso que es elegir el ego, nos sentimos muy motivados para elegir de forma diferente.

Sin esta conciencia y reconocimiento, nos confundimos mucho acerca de lo que viene hacia nosotros. Nos sentimos como víctimas indefensas del mundo, pero este victimismo es una forma de no asumir la responsabilidad de nuestra falta de paz. No es porque alguien nos la haya quitado, sino porque elegimos desecharla y culpar a nuestros hermanos por habérsela arrebatado. Culpamos y atacamos porque no queremos ser responsables de nuestra propia condición. Preferimos echar la culpa a las condiciones y circunstancias que creemos que están fuera de nuestra mente, que asumir la responsabilidad de todo lo que parece sucedernos.

Cuando nos identificamos con el ego y nuestro especialismo, nos sentimos culpables, y ahora la culpa se proyecta inevitablemente en alguna forma de juicio contra nosotros mismos y contra los demás. Esto sucede muy rápidamente. Debido a la rapidez de la mente en olvidar (negar), ni siquiera nos damos cuenta de lo que hemos hecho. Por eso parece que todo viene de fuera de nuestra propia mente. Es por eso por lo que necesitamos prestar atención a nuestros pensamientos y ser conscientes de nuestros juicios porque nos muestran que hemos elegido una vez más la separación.

Podemos juzgarnos a nosotros mismos cuando no estamos en paz. Podemos sentirnos como pobres alumnos del Curso, que no lo están consiguiendo. Sin embargo, tanto las condiciones de paz como la falta de paz son experiencias muy valiosas para nuestro aprendizaje. A través de ellas, podemos ver cómo se siente la paz y cómo los juicios nos causan dolor. A través de estos contrastes, tomamos conciencia de las elecciones que hacemos. Cuando no estamos en paz, no es por otra razón que porque hemos elegido el ego. El mundo es sólo una imagen externa de nuestra condición interna. Por lo tanto, refleja la elección que hemos hecho en la mente de qué voz estamos escuchando, la del ego o la del Espíritu Santo. No es útil juzgarnos a nosotros mismos, pero sí es útil observar nuestras decisiones equivocadas. Todo puede ser utilizado por el Espíritu Santo. Todo tiene valor cuando se utiliza con fines curativos.

Y ahora concluimos nuestra sección sobre “¿Qué es el perdón?” (L.PII.P1) **“No hagas nada, pues, y deja que el perdón te muestre lo que debes hacer a través de Aquel que es tu Guía, tu Salvador y Protector, Quien, lleno de esperanza, está seguro de que finalmente triunfarás.”** (L.PII.P1.5.1) **“Ahora tú debes compartir Su función y perdonar a aquel que Él ha salvado, cuya inocencia Él ve y a quien honra como el Hijo de Dios.”** (L.PII.P1.5.3) No nos hemos cambiado por nuestros pensamientos tontos de pecado. Sólo podemos dejar de ser conscientes de lo que somos. Me encanta la frase del capítulo 19 del Texto que dice: **“Lo que todavía quieres conservar detrás de tu pequeña barrera y mantener separado de tu hermano parece ser más poderoso que el universo, pues da la impresión de restringir a éste y a su Creador.”** (T.19.IV.A.3.7) (ACIM OE T.19.V.a.42) Ese es precisamente el poder que tenemos. Es nuestra decisión elegir la ilusión o la verdad.

A través de nuestra percepción sanada, compartimos Su función en el mundo. Somos Su manifestación en el mundo, trayendo paz a otras mentes y ofreciendo amabilidad y gentileza; y al hacerlo, sabemos que está en nosotros. Es, de hecho, lo que somos en verdad.

Amor y bendiciones, Sarah  
[huemmert@shaw.ca](mailto:huemmert@shaw.ca)